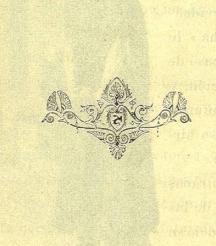
¡Qué raudal inmenso de dolorosos recuerdos brotó en su alma! ¡Qué sentimientos por tanto tiempo casi apagados, se encendieron en el seno de aquella mujer desgraciada! Quiso gritar, pero ya no pudo; sintió que le faltaba el corazón, vaciló, se apoyó un momento en el barandal del corredor, y luego cayó desmayada.





II

En el jubileo

L padre Antonio, nuestro antiguo conocido, tuvo que regresar á su curato de San Luis, sin haber logrado averiguar el paradero de su pobre Roque. Don Plácido y la «Guacha» determinaron quedarse en México.

Don Plácido encargó de todos sus negocios en la costa al buen cura, y vivía en la capital con lo que éste le enviaba, atendiendo á su salud, extraordinariamente quebrantada de resultas de las heridas, y con la firme resolución de no volver jamás á la Costa.

La «Guacha», como una expiación de sus faltas, quiso pasar su vida en la miseria y manteniéndose con el amargo pan de la mendicidad, sin aceptar los sinceros ofrecimientos del cura, que quería volverla á llevar consigo.

Don Plácido, como todos los hombres que han sufrido grandes desgracias, se volvió tan extraordinariamente religioso, que no faltaba á función alguna de iglesia.

Hay en esa vida ascética y contemplativa un goce de espíritu, una especie de voluptuosidad, que sólo son capaces de comprender los que la han sentido. Cuando el alma se entrega toda á esa idea ardiente y arrobadora de la Divinidad; cuando en medio de un templo se aisla del mundo y comienzan á sentirse embargados los sentidos por las graves y melancólicas notas de un órgano, por el aroma del incienso que flota en blancas nubes frente al Tabernáculo; por el brillo del cristal y de la argentería y por ese resplandor fantástico que esparcen los cirios, mezclando su luz con la luz del sol que se desliza como tímida en el santuario, al través de los densos cortinajes de las ventanas; cuando el espíritu se reconcentra en el espíritu y la materia se siente volver á la materia, entonces el alma parece desprenderse de la tierra, flotar en otro espacio, entre otro ambiente; se adivina á Dios, se comprende la fe; y si en aquel éxtasis se pudiera pensar en el cuerpo y en la tierra y en la materia, el hombre moriría; porque el espíritu, al sentirse libre, al encontrarse en el espacio de los espíritus, haría un supremo impulso y se separaría para siempre de la materia.

¿Por qué el cristianismo quiere aparecer anatemati-

zando las teorías de los espiritualistas? ¿Por qué los espiritualistas no ponen las teorías cristianas respecto del alma, como la piedra angular de su sistema?

La religión cristiana, explicada por el clero, pinta la muerte como el dolor de los dolores, como la suprema angustia, como el terrible trance. El espiritualismo la considera como el dulce descanso de la agitada vida; no como un castigo del cielo á la humanidad, sino como el grato consuelo de las penas, sin esas ideas asquerosas y horribles, sin ese esqueleto cuyos huesos crujen al andar, cuyas desiertas órbitas miran sin ver, cuyas manos repugnantes esgrimen la segur sobre todas las cabezas, sin distinción. No, ésta no es la muerte que envía la Divinidad á sus criaturas: dulce amiga, se acerca á nuestro lecho, blanda como el sueño que se comienza en la tierra para despertar en el cielo, amorosa y deseada como una libertadora que rompe estos vínculos de carne y de miseria que nos atan al mundo, y á la ignorancia, y á la preocupación, y á la tiranía; y con su diestra nos abre la puerta de ese mundo de luz, de ciencia, de libertad, de amor, en que el espíritu del justo y del que tuvo caridad sobre la tierra cruza resplandeciente y puro, y el del hipócrita y del egoísta tiene que mostrar eternamente su vergüenza, y eternas las manchas negras de su conciencia.

Don Plácido se había entregado de lleno al ascetismo.

«Entraba el jubileo», como dicen las gentes de iglesia, en Jesús María.

El templo estaba sorprendente: el altar mayor era una especie de risco erizado de oro y de plata, y de cristal, y de flores, y de plantas, y de arbustos; pero todo escogido, todo raro, todo exquisito, todo maravilloso. No se comprendía allí la forma, se admiraba el conjunto: destellos, colores, sombras, luces, visos, como fantásticas formaciones de un kaleidoscopio, cambiaba y aparecían al menor movimiento de la cabeza; aquello fascinaba, deslumbraba, hacía cerrar los ojos.

El aroma de las flores y del incienso, en densas nubes, subía como acariciando las pesadas columnas del templo hasta perderse en las altas bóvedas, y las armonías de la música se apagaban de cuando en cuando para dar paso á los murmullos de la oración, que brotaba de los labios de la muchedumbre arrodillada frente al altar.

Don Plácido rezaba también cerca de una de las puertas del templo.

Un carruaje se detuvo allí, y una joven hermosísima, acompañada de un hombre de bastante edad, penetraron en el templo.

Don Plácido fijó su vista en la joven, y luego en el hombre, y sintió una especie de vértigo: aquello era una aparición, era la evocación de una sombra; era el alma, que tomando forma viene á la tierra en fuerza de mágicos conjuros.

Los dos recién venidos eran don Juan de Caralmuro y su hija.

Don Juan pasó rozando casi á don Plácido; pero ni él ni su hija pudieron penetrar más adentro, y tuvieron que hincarse tan cerca de don Plácido, que éste podía oir sus conversaciones.

Don Plácido se estregaba los ojos; jamás había visto semejanza más completa: el hombre que tenía delante y el desgraciado padre de Alejandra debían ser uno mismo, ó él soñaba.

De repente don Juan se inclinó para hablar á su hija, y don Plácido oyó claramente, no había duda, que aquel hombre decía á la joven:

 Alejandra, no estés mucho tiempo de rodillas, hija mía, que estás muy débil.

El devocionario se le cayó de las manos á don Plácido: entonces sí creyó que soñaba ó que estaba loco. Don Juan volvió la cara; pero era precisamente el momento en que don Plácido, mortificado, se inclinaba á recoger el libro.

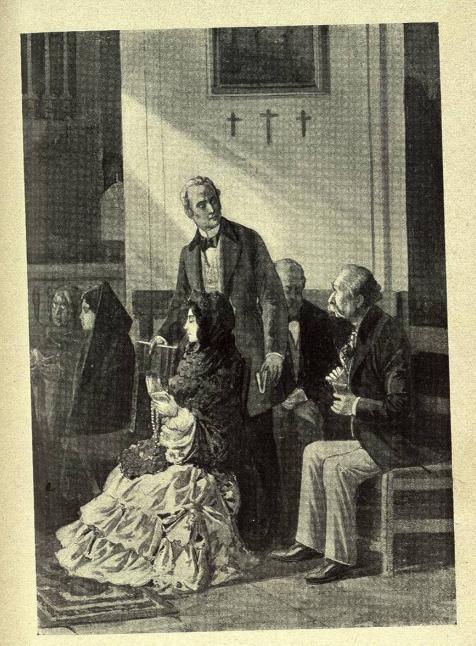
Don Plácido quiso contenerse, rezar, ó pensar siquiera en otra cosa; pero era imposible: aquella semejanza, aquel nombre tan conocido y tan amado para él dado á una mujer desconocida, todo, todo le causaba una terrible confusión. Por fin se resolvió. Poco á poco fué acercándose hasta quedar cerca de don Juan, y con una voz que él pudiera oir, dijo, como hablando consigo mismo:

- Juan de Jarras.

Don Juan volvió como tocado por una máquina eléctrica; miró fijamente á don Plácido, se levantó pálido, hizo una seña á Leonor de que le siguiese; y tomando á don Plácido de la mano, salieron los tres de la iglesia, y sin hablar una palabra, montaron en el carruaje, que salió á todo el trote de los caballos.



abot Faredo quiso contenerse, rema, é ponsar all cris é san mars cris inposible: aquella con faque



... se levantó pálido, hizo una seña á Leonor de que le siguiese ...